

# BOLA DE NIEVE

**Un «diseur»  
de raices  
afro-cubanas**



## «Soy un negro social, intelectual... y "chic"»

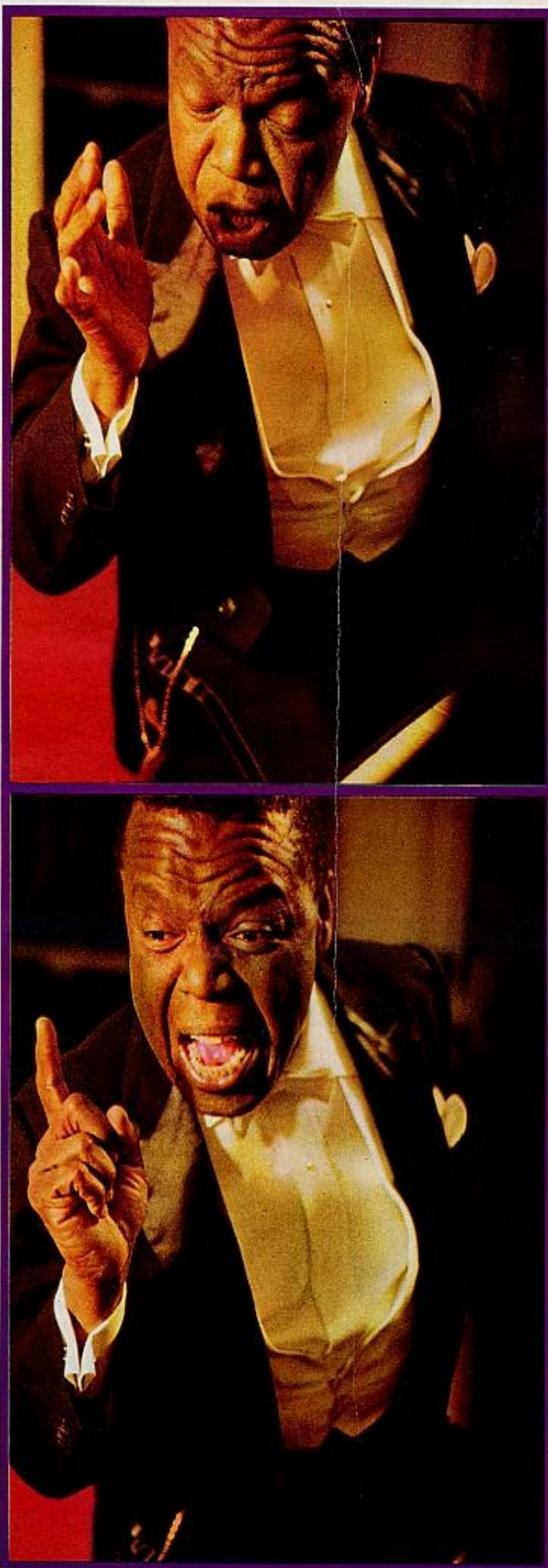
Texto: JESUS GARCIA DE DUEÑAS  
Fotos: P. A. MARTINEZ PARRA

CADA vez que se sienta al piano, Bola de Nieve construye un retablo de emociones. Se sienta ante el piano de cola, vestido seriamente, como un concertista, con su frac immaculado, con sus immaculadas manos negras acariciando las teclas e iniciando unos acordes —«Mi debut en Valencia en 1946 fue chascoso: la gente se esperaba un cubano rumbero, y me vieron aparecer vestido de etiqueta, pero luego la crítica dijo que era una verdadera notabilidad, en serio». El piano es para Bola de Nieve la caja de las sorpresas: de ahí extrae su repertorio; en él se encierra la fabulosa personalidad de este artista cubano, tan difícil de describir, pero tan fácil de admirar.

«¿Por qué uso frac? Porque es más cómodo, es más funcional: me permite mayor libertad de movimientos». Se sienta al piano y toca. Canta, pero no canta: «Yo no sé cantar, lo que yo hago tiene un nombre en francés, "diseur"». Con el piano, hace música; con la voz describe personajes, situaciones, hechos; con el gesto, construye emociones. Pablo Neruda ha dictaminado: «Bola de Nieve se ha casado con la música llena de pianos y cascabeles: ¡viva su alegría terrestre, salud a su corazón sonoro!».

En treinta y tantos años de actividad, Bola de Nieve ha disfrutado de admiradores ilustres. Andrés Segovia: «Parece que asistiéramos al nacimiento conjunto de la palabra y la música que nos expresa»; Jacinto Benavente: «No se puede hacer más con una canción»; Patachou: «No entiendo español más que cuando tú lo cantas»; José Carlos de Luna: «Este negro artista no se puede aplaudir sin llorar». Pero quien primero dijo algo definitivo sobre Bola de Nieve fue Conchita Piquer. El artista estaba actuando en el Tropicana de La Habana, en 1946. Conchita se acercó a él, se paró y dijo: «Negro, te llevo a España». Y se lo trajo.

Bola de Nieve llevaba más de diez años de actividad artística. Nació en Cuba y, durante la revolución machadista, le contrató como pianista-acompañante Rita Montaner. Bola tenía entonces diecinueve años. Se fueron de jira a Méjico. Y allí adoptó el nombre artístico de Bola de Nieve: «Me llamaban así de pequeño para mortificarme». Estuvo por Méjico durante seis meses. Trabajando en una importante compañía de revistas fue visto por Ernesto Lecuona, quien le contrató y le llevó a Cuba —«Fui un producto de importación»—. «En 1935 me presenté en Cuba. Fue tal el éxito, que nos contrataron a Lecuona, a su hermana Esther y a mí para la inaugu-



## BOLA DE NIEVE

ración de Radio El Mundo, de Buenos Aires. Estuvimos dos años haciendo de todo. Y luego me quedé solo: me dediqué a estudiar el género con un director artístico. Y en el teatro Ateneo, en 1937, hice mi programa. Desde entonces hasta hoy he pretendido afirmarme en este estilo».

El programa se compone de unas veinte canciones y se divide en dos partes. En la primera, Bola de Nieve interpreta canciones del repertorio internacional, intentando una «exhibición de las raíces latinas del idioma». El idioma es el castellano. En la segunda parte, Bola hace música negra de Cuba. Sus canciones son conocidas: han dado la vuelta al mundo muchas veces. Los títulos se han escuchado, incluso, por otros intérpretes: «El caballero de Olmedo», «La vie en rose», «Monasterio Santa Chiara», «Vete de mí», «La flor de la canela», «Chivo que rompe tambó», «¡Ay, mamá Inés!», «Drume negrita», «El manisero»... ¿Cómo explicar que todas estas canciones en la voz, el gesto, el piano de Bola de Nieve adquieren una nueva dimensión?

Un sentido original y diferente que cobra todo su valor cuando las canciones se escuchan —y se ven— integradas en un recital. Oquiero decir que cualquiera de los títulos que interpreta el Bola tiene un valor por diversas razones melódicas o rítmicas, pero al estar integrados dentro del programa, con su continuidad perfectamente estudiada, adquieren su verdadera significación. Y esto porque Bola de Nieve rehúye el impresionismo y reclama el expresionismo: «No soy jugador, ni decimista, ni genio; no creo en la improvisación: tengo que estudiar, ensayar. El mío es un arte de expresión más que de impresión. Hay que ver al personaje por dentro: esto es el expresionismo; tengo que encontrarle el fondo al tipo, la explicación psicológica del personaje».

Bola de Nieve pretende tocar el fondo: del personaje, del hecho, del sentimiento. «Hace falta mucha dedicación, disciplinar el propio sentimiento para encuadrar la canción. Siempre he estado "actuando" una canción; nunca me he creído lo que cantaba». Bola establece una distancia: no siente las emociones, las construye: «La naturalidad debe fingirse al punto que sea ella misma». El mismo hombre no puede interpretar «La vie en rose» o «Chivo que rompe tambó» a menos que posea una técnica distanciadora capaz de comprender el mundo de sentimientos desbordados de la primera canción o el tono irónico y festivo de la segunda.

Este «disneur» negro, de color «café-amor» —como él dice—, puede destruir una canción al mismo tiempo que la sirve espléndidamente: puede aniquilar el romanticismo desmelenado y lacrimoso de un título con un simple gesto, pero sin dejar de intentar que el público se crea el sentido real de esa composición.

«Hay que ponerse a creer en uno mismo», afirma el Bola, y de esta forma «puedo explotar mi sensibilidad a costa de las canciones». Bola de Nieve cree en él mismo, pero insiste en la necesidad de «poner en escena» sus canciones para que lleguen al público. Hace años, Armando Oriéche escribió una canción titulada

«Mesíé Julián». Llamó al Bola y le dijo: «Si no me la cantas, la rompo». Bola de Nieve la cantó, la sigue cantando, es uno de sus títulos más característicos. Empezó así: «Yo soy un negro social, intelectual... y "chic"». Luego habla de que estuvo en Nueva York, en Broadway, en París —dónde fue «gentleman de blondas»—. Todo un recorrido del artista negro con nostalgia de Europa. Bola de Nieve recrea esa nostalgia, exalta su negritud, recuerda los triunfos del personaje: «Yo, sentado, sin moverme, puedo dar ese complejo de inferioridad que se disfraza de complejo de superioridad».

Efectivamente, Bola de Nieve ha sabido ver «por dentro» a Mesíé Julián. Admirarle es mucho más fácil que describirle. Cuando se sienta al piano empieza a describir personajes, hechos, situaciones, sentimientos, emociones; levanta un retablo colorista y vivo construido a fuerza de trabajo y ensayo. Y de una obstinación implacable: «Canto siempre así porque creo en mí, y canto lo mismo porque quiero perfeccionar y afirmar mi estilo». Arrimado al piano, con las manos que vuelan del teclado al aire, donde dibujan mil sensaciones captadas con gran penetración plástica, Bola de Nieve se siente solo, se quiere solo: «Hay que crear una soledad pública: no importa que haya tres, cien o más espectadores. Estás ahí solo, dentro de la cazuela, cocinando...».

Cuando a Bola de Nieve se le pregunta por las figuras que conoció en sus comienzos, por las que más admira, por las que siente devoción, no duda ni un instante: «Concha Piquer. En España, el siglo XX no ha dado nada mejor. El cuplé murió cuando se retiró. Para salir a escena no necesita ni un diamante, ni un brillante, pero el cuplé lo exige. Padezco verdadero fanatismo por Concha». Y recuerda cuando ella le trajo a España, cuando fabricó para él un piano, el mejor que ha tenido.

Habla de otras figuras de la época. Josephine Baker: «Las únicas manos que hablan con guantes». Margarita Xirgú: «La mejor actriz española del mundo; no grita, no gesticula, no se tapa la cara con las manos». Marlene Dietrich: «Consigue suggestionar a un público sin hablar». Edith Piaf: «Por poco me caigo muerto cuando la vi en América; me empecé a volver loco oyéndola». Y tiene un recuerdo para Fats Waller, el gran pianista negro: «De toda la gente que he visto, posiblemente era el único que hacía algo parecido a lo que yo hago».

Bola viste atildadamente, es locuaz, simpático, expansivo. Y en pocos minutos se viste de frac y se sienta ante el piano. No es un piano de cola como el que usa en sus actuaciones, pero es el que había más a mano para poder posar y conseguir estas fotos. Bola no fingió: acarició las teclas, separó una mano, acclonó el brazo, dascorrió el mundo de sus personajes, emociones y sentimientos. Bola de Nieve interpretó su programa: el caballero de Olmedo cabalgó entre la vida rosada, junto al monasterio Santa Clara, oliendo la flor de la canela, hasta pregonar el maní, dormir a la negrita y regañar al chivo que había roto el tambó. Al final de su itinerario, Mesíé Julián esperaba arguido, gallardo y calavera, curándose su complejo de inferioridad.

